

JULIUS WAGNER VON JAUREGG, PROMOTOR DE LA PSIQUIATRIA EFICAZ

Por HONORIO DELGADO

*Profesor de Psiquiatría de la Universidad
Mayor de San Marcos*

Hasta hace poco tiempo una clínica psiquiátrica era comparable con un museo, por ofrecer una colección de casos raros en custodia. Los enfermos que sanaban casi constituían motivo de sorpresa, y no resultaba paradójico el dicho de un famoso psiquiatra e investigador de la anatomía cerebral: "la clínica de Fulano es mala para la ciencia porque ahí se preocupan de la terapéutica". En efecto, el centro de la investigación de los desórdenes mentales no estaba del lado de la vida sino de la muerte: la mesa de autopsias —y no la existencia personal del paciente— constituía la meta del interés científico.

Hoy es fundamentalmente distinta la actitud del psiquiatra. La custodia del enfermo es un accidente y la disección del cadáver un auxiliar del estudio de los procesos anímico-vitales. Ve en los desórdenes psíquicos una falla del sistema regulador del organismo psicofisiológico, susceptible de rehabilitación. Las psicosis reputadas antes como enfermedades incurables se presentan como perturbaciones dóciles a la terapéutica. El problema es obrar a tiempo y conforme a los procedimientos que permiten el triunfo de la *vis medicatrix naturae*.

Julius Wagner Ritter von Jauregg, eminente psiquiatra vienés, es el principal creador de esta saludable transformación de la medicina mental. Su muerte, acaecida el 1º de octubre de 1940, cuan-

do contaba 83 años de edad, nos invita a recordar el fecundo esfuerzo de su larga existencia de investigador y benefactor de la humanidad.

De familia noble, nace el 8 de marzo de 1857 en Wels, Alta Austria, y estudia medicina en Viena de 1874 a 1880, año en que se gradúa de doctor. Objeto de su inclinación principal es la anatomía patológica, a la que consagra los esfuerzos de sus primeros años de médico. Es asistente en la cátedra de esa disciplina, llamada en Viena de patología general. Aunque realiza algunas investigaciones en esta materia, cuyos resultados publica en la Revista de la Academia de Viena, su vocación no es continuar en la especialidad perfeccionada por el gran Rokitansky, gloria de la escuela vienesa del siglo XIX. Wagner von Jauregg se dedica en seguida a la medicina interna, pero encuentra dificultades para conseguir el cargo de asistente clínico. Esto y su afición al deporte y la aventura, le ponen en la posibilidad de formar parte de la comisión organizada por el explorador Stanley para estudiar el Africa. Tal proyecto fracasa, como el de ir a Egipto en una comisión internacional, que se frustra por el bombardeo de Alejandría por los ingleses.

Gracias a estas circunstancias Wagner von Jauregg se dirige a la psiquiatría. Vaca una plaza de asistente en la cátedra de Leidesdorf y es aceptada su solicitud para ocuparla. Aunque no tiene la intención de consagrarse a la psiquiatría, observa algunos casos que le interesan vivamente: unas pacientes aparentemente incurables, sanan por completo de su psicosis a causa de enfermedades infecciosas graves que adquieren por azar. Esta experiencia marca el comienzo del esfuerzo científico de toda su vida. Su plan es simple: realizar deliberadamente el camino de curación que la naturaleza sigue de manera casual. La tendencia a los viajes de aventura queda descartada por la idea de un gran descubrimiento científico. La necesidad de acción encuentra su desahogo en la práctica del alpinismo, en que llega a distinguirse el médico hidalgo.

Al mismo tiempo que acumula observaciones propias sobre los efectos de las enfermedades infecciosas intercurrentes en el proceso de las psicosis, investiga los anales de la clínica, acopiando verificaciones de casos curados por las enfermedades febriles y las supuraciones prolongadas. Encuentra incluso algunas descripciones de curas por exutorios, esto es, con supuraciones provocadas por el mé-

dico (casos de Dubuisson, 1816; Trelat, 1845; Arndt, 1872; Mabile, 1882).

Según los conocimientos de la época, las infecciones que parecen más apropiadas y menos peligrosas a Wagner von Jauregg para inocularse artificialmente son la malaria y la erisipela. En 1887 publica sus verificaciones y su concepción de la nueva vía terapéutica, con el título "Acerca de la influencia de las enfermedades febriles sobre las psicosis". Esta publicación cae en el vacío: ningún especialista vislumbra la importancia del método propuesto. Wagner von Jauregg no se desanima; intenta la inoculación de la erisipela en un enfermo y, con gran sorpresa, la infección no prende.

En 1889 Wagner von Jauregg es nombrado profesor de psiquiatría en Graz. El cambio de posición coincide con el descubrimiento de la tuberculina por Koch y su prestigio como agente terapéutico. La inyección de pequeñas cantidades de esta substancia—constituída por bacterias muertas de las que producen la tuberculosis—suscita fiebre. Esta reacción febril, repetida a voluntad, es lo más parecido a la fiebre intermitente. Wagner von Jauregg comienza a aplicarla a los alienados. Pero pronto se descubre que la tuberculina de Koch es peligrosa y hasta se señalan casos de muerte, por lo cual los experimentos de Graz deben interrumpirse.

El 1º de octubre de 1893 Wagner von Jauregg es nombrado director de la clínica psiquiátrica de Viena y profesor del curso, con lo cual dispone de un riquísimo campo para sus indagaciones. Algo rehabilitada la aplicación de la tuberculina, reanuda su empleo en los alienados. Logra algunas curaciones en diferentes psicosis, pero como en ellas se producen eventualmente remisiones espontáneas, el resultado no es como para convencer a los escépticos. Entonces el nuevo profesor de Viena escoge la parálisis general progresiva o demencia paralítica, enfermedad de origen luético que ningún especialista considera curable—pues sólo muy rara vez muestra temporales remisiones—, como objeto de sus experimentos terapéuticos con tuberculina y mercurio. Consigue producir la desaparición de los síntomas de la demencia paralítica y el retorno de los pacientes a la vida social y al trabajo, aunque sólo excepcionalmente de manera durable. En el Congreso Internacional de Medicina, celebrado en Budapest el año 1909, Wagner von Jauregg re-

vela halagadores resultados. Pocos colegas aprueban el procedimiento y apenas consigue imitadores.

Ehrlich descubre el salvarsán por entonces y pronto se verifica que no da resultado curativo en el caso de la metasifilis, una de cuyas formas es la parálisis general. Wagner von Jauregg aplica el nuevo agente arsenical como auxiliar del tratamiento febril con vacuna antitífica, logrando éxitos apreciables —que sus detractores atribuyen erróneamente al salvarsán. Con todo, los casos curados en la clínica de Viena dan a menudo ingratas sorpresas por la recaída de los enfermos.

Al fin, en 1917, después de más de treinta años de renovadas tentativas, Wagner von Jauregg logra poner en práctica el procedimiento decisivo: la inoculación con la malaria, propuesta desde su primer trabajo. Infecta nueve paralíticos con el resultado más alentador. Publica el hecho en 1918, y desde el año siguiente aplica el método en gran escala. En 1920 la malarioterapia se aplica en las clínicas de Hamburgo, en febrero de 1921 en la de Lima, y después, poco a poco, en el mundo entero. Así deja de ser incurable la parálisis general. Pocos años más tarde se descubren tratamientos para las psicosis endógenas, y con eso la psiquiatría figura definitivamente entre las ramas eficaces de la medicina.

A mediados de septiembre de 1927 se realiza en Viena, conjuntamente, el congreso anual de psiquiatras y el de neurólogos alemanes. Concurri a tal reunión y conservo como uno de los más gratos recuerdos de esa estada en Viena el almuerzo que Wagner von Jauregg ofreciera a un pequeño grupo de los propagadores de su método: siete alemanes, el psiquiatra norteamericano Smith Ely Jelliffe, y yo. El anfitrión, afecto siempre al alpinismo, nos habla con entusiasmo de los Andes, mostrando un gran conocimiento de sus particularidades. En la mesa cuenta infinidad de anécdotas, de las que voy a recordar algunas que hoy se pueden reproducir sin indiscreción.

La dirección de la clínica psiquiátrica de Viena fué siempre una posición difícil por los frecuentes conflictos con el Gobierno y la Beneficencia. Meynert, uno de los más grandes psiquiatras del siglo pasado, pudo sostenerse en ella gracias al apoyo de Rokitsansky, a pesar de su carácter difícil y del antecedente de haber ingresado al establecimiento como enfermo de la mente. Su afición

a la anatomía patológica del sistema nervioso le atrajo la simpatía de Rokitansky y le facilitó el ingreso a los estudios de medicina y después a la dirección del establecimiento.

Wagner von Jauregg y Freud fueron condiscípulos, y a pesar de haberse distanciado por diferencias en el orden de la teoría, se tuteaban. Ambos ilustres renovadores de la psiquiatría, el uno en el campo de las psicosis y de la terapéutica por acción sobre el cuerpo y el otro en la esfera de las neurosis y de la psicoterapia, en la época estudiantil fueron muy buenos amigos y compañeros de diversión. El joven Freud no se distinguía por la abstinencia (como fué el caso de Kraepelin, gran antialcohólico), e incluso incurrió algunas veces en excesos peligrosos. En cierta ocasión pasó de la medida al punto de llegar a perder el conocimiento. Sus compañeros de expansión, entre los que se hallaba Wagner von Jauregg, se alarman, le creen muerto y le llevan cargado a su domicilio, llaman a la puerta, depositan "el cadáver" y huyen. Al día siguiente, tan fresco como siempre, Freud concurre a sus clases.

La anécdota más curiosa es la relativa a la causa de la dedicación de Wagner von Jauregg a la psiquiatría. Con esa delicada propensión de la urbanidad vienesa a reducir el valor de lo propio, que cuadraba muy bien al tipo de barón rural del maestro, nos contaba que se decidió a ser asistente de Leidesdorf sólo porque tenía referencias de que la psiquiatría era una especialidad muy descansada. La perspectiva de una vida fácil y en espera de la ocasión favorable para emprender un viaje de exploración a tierras lejanas — tal fué el atractivo que le ofrecía el puesto escogido, en una rama de la medicina que ni siquiera había conocido al pasar por la Facultad. Así se expresaba el trabajador infatigable, no sólo en el campo de la medicina mental y la anatomía patológica, sino también en los de la endocrinología y la criminología.

No había pasado un mes de esta conversación, en que Wagner von Jauregg se presentaba a sus invitados poco menos que como un haragán, cuando hallándome en Munich, leía en los diarios la noticia de que la Academia sueca había otorgado el Premio Nobel al meritísimo profesor de Viena.

Antes de terminar, quizá no carezca de interés el relatar la razón probable de que Wagner von Jauregg suprimiera, en el toño de su vida, el nobiliario *von* de su apellido. Según la mayoría de

las opiniones, esto se debería a la depresión y al pesimismo que produjo en su ánimo la caída de la nobleza austriaca a raíz de la Guerra Mundial; pero al decir de Bernhard Dattner, neuro-psiquiatra vienés que siendo de raza hebrea se suicidó —según mis informes— al ser incorporada Austria al Reich Alemán, y que conocía muy bien la vida de von Jauregg, su maestro y su jefe, la explicación estaría en que habiendo contraído éste un matrimonio desigual, quiso renunciar voluntariamente a su alta clase social. En este caso, el advenimiento del régimen socialista en Austria sólo habría sido una ocasión para que Wagner von Jauregg suprimiera el distintivo aristocrático de su apellido.

Honorio DELGADO.